

La diferencia entre la realidad y el sueño

Fernando Lleras de la Fuente

Poeta y diplomático colombiano

Los sueños son a crédito

- Dentro de un mes estaré en París. Tenme listo tu libro de poesía y resérvame un hotel.
- No sé si podrá estar listo...
- Un hotelito agradable.
- No sé si alcanzaré a estructurarlo...
- Y bien situado.
- No sé si habrá de gustarte...
- Pero no muy costoso.
- Lo que sucede es que...
- Se me está cortando esta comunicación. Adiós.

Me vi obligado a sentarme a trabajar de inmediato: el hombre hablaba en serio.

Un mes más tarde, en el bar del hotel, y en compañía de su hijo, bebíamos un whisky irlandés comprado para esa ocasión y Jorge Enrique escudriñaba el manuscrito con una atención que no dejaba de causarme cierta inquietud.

Al rato, los tres llorábamos a mares: Jorge Enrique, pues algunos versos le habían invadido las secretas regiones de su melancolía; el hijo, por solidaridad con su padre; yo, de contento: el libro sería publicado por la Universidad Central.

Antes de salir a cenar, y mientras pagaba la cuenta (compartíamos la sana noción de que los poetas siempre son invitados, desde tiempos inmemoriales) me dijo: "La diferencia entre la realidad y los sueños es que éstos son a crédito, mientras que la realidad hay que pagarla de contado". Yo me hice el tonto.

Con ese mismo desenfado solían transcurrir todas nuestras cosas. ¿Cómo pretender que pueda recordarlo con tristeza?

Recuerdo sin pena

Es común defecto de los humanos considerar que todo lo que se escriba sobre un muerto debe estar preñado de pena y abultado de palabras oscuras. Por mi parte, creo que al hablar de ciertos amigos que la vida nos deparó (en un gesto de tardía generosidad) debemos, por el contrario, evocar esa íntima felicidad que

supieron sembrar en nosotros. La muerte es algo demasiado contundente como para tomarla tan a pecho. Y es que los amigos, aquellos, aquellos verdaderos amigos que han muerto, me hacen siempre pensar en esa cancioncilla de Atahualpa Yupanqui:

"En esas anochecidas
llenitas de oscuridad
a nadie le ha de faltar
una estrellita prendida..."

Tengo bien claros los recuerdos de mi primer encuentro con Jorge Enrique Molina: Ignacio Chaves (alquimista secreto, como todo humanista) nos había convocado alrededor de unas varias botellas de vino de Bohemia, patria de su adorado tormento, como aun por fortuna se dice en Yerbabuena.

Al trastabillar la tarde, resolvimos poner esa velada bajo los auspicios de Lord Frank Fontayne, autor de la inmortal frase: "Nada más exaltante que emprender extraordinarios proyectos que tengan altas posibilidades de fracaso". (Lord Fontayne murió pobre, pero rodeado de los extremos cuidados que hasta el último momento le prodigaron sus acreedores).

Inventario de utopías

Procedimos, pues, a hacer un inventario de nuestras utopías (uno solo habla sinceramente de utopías con sus amigos íntimos y con los gerentes de banco) y a escoger algunas que no parecieran demasiado descabelladas: sobre esa base nos unimos para emprender la engorrosa tarea de enmendar este mundo.

Algunas utopías nunca vieron la luz, como ésa de un gran golpe de estado universal que restituyera (de una vez por todas) el reino de la justicia, la belleza y la sabiduría. No menciono siquiera la de Ignacio Chaves (crecer veinte centímetros) ni la que compartimos Molina y yo (hacernos brotar a fuerza de voluntad, una frondosa cabellera).

Pero otras sí se convirtieron en realidad como la hermosa escuela de música que Jorge Enrique fundara

"Algunos pensaban que era generoso porque tenía mala memoria, pero temo que se equivocaban: lo era, precisamente, porque tenía una memoria excepcional. Y es que tal vez es la memoria la que hace que nuestros sueños puedan caer mullidamente sobre la gama de los días sin quedar demasiado desvertebrados. La memoria servía a Jorge Enrique de motor, no de lastre..."

en la Universidad, o los libros que con fe y perseverancia alcanzamos a publicar.

Domar ilusiones

Y es que con el tiempo aprendí que Jorge Enrique era bastante más experto que yo en el arriesgado oficio de domar ilusiones. Jorge Enrique se las había ingeniado para hacer un feliz matrimonio de la morganática unión entre realidad y ensueño. Detrás de su juvenil entusiasmo, se escondía una capacidad analítica más bien terrible fundamentada en la experiencia y en un casi bochornoso conocimiento del lado oscuro del corazón humano.

Pero, claro está, lo que a mí más me gustaba era que detrás de su apariencia analítica se escondía un entusiasmo enaltecido bañado en bellas ficciones y en una confianza increíble en el lado luminoso del corazón humano.

Generoso sin límites

Y así, entre escepticismo y fe fue construyendo, con esa capacidad que tienen los acróbatas de ignorar el vacío: suspendido entre el cielo y la tierra sobre el frágil equilibrio de la vida.

Tamaño simbiosis hacía brotar de él una generosidad sin límites, como pueden atestiguarlo estudiantes, profesores, colegas, amigos y malquerientes (y los buenos meseros de todos los restaurantes de varios continentes).

Algunos pensaban que era generoso porque tenía mala memoria, pero temo que se equivocaban: lo era, precisamente, porque tenía una memoria excepcional. Y es que tal vez es la memoria la que hace que nuestros sueños puedan caer mullidamente sobre la gama de los días sin quedar demasiado desvertebrados. La memoria servía a Jorge Enrique de motor, no de lastre...

Así era el hombre, difícil de describir, como todo lo que en verdad vale la pena.

Siempre, mañana

La última vez que lo ví, Jorge Enrique se encontraba ya un poco enfermo, sin que por ello se menguaran sus ánimos: seguía siendo el anfitrión ideal y el mismo personaje para el cual la vida comienza apenas mañana.

"¿Qué hiciste para convencerla, picarón?", me dijo en voz muy queda, aprovechando que mi recién adquirida Venus pretendía no escuchar nuestra conversación. Y luego, soltó una gran carcajada, que la susodicha interpretó como una especie de absolución a todos mis pecados.


Aquella noche, en compañía de Chaves y de Enrique Vargas repetimos la experiencia de nuestro primer encuentro, y mientras un trío de guitarristas interpretaba cosas como "Ojeras" y "Los guadales" regresamos al primigenio ejercicio de diseñar utopías.

Al terminar la lista, Enrique Vargas preguntó, entre enternecido y burlón: "¿Y a los señores no se les olvidó nada importante?". "Claro que sí", se apresuró a contestar Molina, y procedió a pedirle a los músicos que interpretaran "Caballo Viejo". Me despedí de él con el sentimiento de que la vida era, más bien, amable.

"Me resulta difícil aceptar la idea de que haya habido hombres antes de mí", dijo Descartes, con esa insólita desverguenza que caracteriza a los habitantes de la franja de terreno comprendida entre los Pirineos y el Rhin.

Cuando pienso en Jorge Enrique, yo le doy gracias a la vida de que hayan existido.

Marsella, 14 de mayo de 1996

 Hojas Universitarias.....